



# Droga, escuela y profesorado: dos problemas y una responsabilidad inexcusable



**Carmen Álvarez Álvarez**  
(Licenciada en Pedagogía)

**José María Rozada Martínez**  
(Profesor del Departamento de  
C.C. de la Educación y del CP  
de Villar Pando)

**Los autores sitúan su reflexión y su práctica docente concreta en un aula de educación primaria, en un contexto muy realista sobre las dificultades que tiene la escuela para abordar satisfactoriamente el tema de las drogodependencias, exponiendo brevemente por qué y cómo trabajan la educación moral del alumnado y planteando la inexcusable responsabilidad ética de los docentes de tratar "los problemas sociales relevantes".**



Niños y jóvenes han sido recriminados alguna vez con expresiones como "¿eso te han enseñado en la escuela?", y de los adultos mal educados es frecuente quejarse lamentando irónicamente su presunta falta de asistencia a la misma; y es que en el imaginario popular la escuela es la institución a la que, más allá de la familia, le corresponde la inculcación en los individuos del conjunto de normas que una sociedad determinada estima como valiosas. En buena medida el Estado ha cultivado retóricamente este discurso de la escuela forjadora de ciudadanos. Hoy esto sigue siendo así. No hay problema social importante del que no se diga que en su resolución ha de intervenir la escuela. Las drogodependencias no iban a ser en esto una excepción.

Cabe preguntarse cómo es que, si el asunto está tan claro, la escuela, como institución que copa gran parte del tiempo de la infancia, la adolescencia y la juventud, no tiene más éxito en esa empresa formadora que el poder y la gente le atribuyen. A poco que salgamos de esas esferas de la retórica del Estado y de la lógica del saber popular, para consultar lo que nos dicen quienes estudian y teorizan sobre la escuela, encontraremos elementos más que suficientes para dudar de que esas salvíficas funciones estén realmente tan claras como le gusta presumir al Estado y creerse a la ciudadanía.

Desde su origen la escuela es una institución ambivalente, capaz de hacer o aparentar una cosa y su contraria, por lo que soporta fácilmente discursos y realizaciones contradictorios. De ella se dice lo que luego no hace, con el fin de utilizarla como instrumento de legitimación. Por ejemplo, se dice que garantiza la igualdad de oportunidades, como si no hubiera situaciones de partida profundamente desiguales y escolarizaciones bien distintas que finalmente se traducen en resultados que, básicamente, reproducen las desigualdades de origen; o se proclama que lo formativo ha de ponerse por delante de lo meramente instructivo (el viejo formar cabezas más que llenarlas sigue repitiéndose), mientras se incrementa el interés por medir resultados instructivos y exhibirlos para fomentar la competitividad. Pero esta ambivalencia de la escuela no es simple sino muy compleja, de modo que se percibe y se trata con ella de manera muy distinta según el plano en el que uno se sitúe: el del sistema general de enseñanza, el de un centro educativo, el del aula, el de un individuo concreto sea padre, profesor o alumno. Planos que, claro está, no se dan aislados entre sí.

En este artículo acabaremos apelando a la responsabilidad indeclinable de los maestros o los profesores concretos a la hora de abrir vías de valor formativo en relación con el asunto de las drogodependencias y de otros problemas, de

**Es necesario atreverse a romper con las rutinas y las tradiciones escolares que impiden hacer otra cosa que intentar enseñar como si la sociedad y nuestros alumnos no hubieran cambiado.**

modo que ese plano nos interesa sobremanera, pero no lo abordaremos cayendo en el error de pensar en esas figuras como individualidades autónomas, libres de condicionamientos estructurales muy fuertes. La cosa es complicada y no es posible simplificarla.

En el plano más general hay que reconocer que a la hora de pensar en la escuela a propósito del problema de las drogodependencias, lo que nos encontramos es no sólo con una institución traspasada por discursos que pueden y deben ser puestos en entredicho, sino también con una importante crisis de la escuela a la vez reclamada y vapuleada por los "nuevos tiempos". Nuevos tiempos quiere decir un presente que acumula características cada cual más negativa para las funciones instructiva y formativa que se le demandan a la institución escolar; quiere decir tiempos de postmodernidad, donde una hija predilecta de la modernidad, como es la escuela, lo está pasando mal. El prestigio del conocimiento que transmite ha decaído, equiparado con cualquier otro tipo de saber, incluso de sentir, y sigue bajando a medida que se prodigan los embates contra la razón. Los sujetos que antes contribuía a sujetar en un marco cultural fuertemente cohesionado, se presentan hoy ante sus puertas como individuos sueltos, descargados del peso de tradición alguna y desligados de cualquier proyecto trascendente, los que les hace tremendamente vulnerables. Los docentes, respaldados antes por el prestigio de la institución y el respeto al adulto que se vivía en la familia, se encuentran hoy, como ésta, sin la tierra firme bajo los pies que antaño dio seguridad a la tarea de educar. Y estando las cosas así, aparece la cuestión de educar para que la salud se aprecie y se evite el caer en la drogodependencia.

Lo que a continuación relataremos será lo que se está haciendo en un aula de educación primaria, con plena conciencia de las condiciones hasta





aquí descritas, pero también de la gravedad de éste y otros problemas, y con un compromiso realista y nada ingenuo de hacer lo que se pueda.

El problema de las drogas es, sin ninguna duda y con razón, uno de los que más preocupan hoy, pero lamentablemente no está sólo. Los "problemas sociales relevantes" (así los llaman quienes proponen revisar el currículo, hasta ahora excesivamente orientado al estudio de las disciplinas académicas, para organizarlo en función de los principales problemas que tiene la sociedad) son muchos. El propio Ministerio de Educación y Ciencia, cuando se dio por vencido en su intento de revisar el currículo escolar allá por los años ochenta y tantos, propuso lo que llamó "temas transversales", y le salieron nada menos que seis u ocho (dependiendo de cómo se agrupen y se cuenten): la educación moral y cívica, la educación para la paz, la educación para la igualdad de oportunidades de ambos sexos, la educación ambiental, la educación para la salud, la educación sexual, la educación vial y la educación del consumidor ¡Casi nada para hacerse cargo de todo ello, además de lo que ya figura en unos programas completamente sobrecargados de contenidos y actividades de todo tipo!

A nuestro modo de ver, la mejor manera de abordar este asunto tan difícil, no es la de seguir en la escuela un plan específico para cada uno de estos

temas, sino concentrarse en la base común para tratar con todos ellos, que no es otra que la educación moral del alumnado. Es necesario educar el juicio y fortalecer las bases del comportamiento moral, para lo que son necesarias dos cosas, por decirlo en pocas palabras: contenidos y método. Los primeros provendrán de esos campos problemáticos u otros que se seleccionen, pero no para hacer con ellos nuevas asignaturas o nuevos temas, sino para entrar a través de ellos hacia un territorio común de principios y actitudes básicas. Las drogodependencias, obviamente, tienen en esto un lugar asegurado. El segundo, el método, a nuestro modo de ver, convendrá que sea de carácter dialógico, donde hablar y escuchar tengan similar importancia, donde la recepción de los conocimientos no sea pasiva, sino que éstos aparezcan como apoyos a la reflexión personal y al debate colectivo. Una educación moral que parece realmente imposible, hablando de individuos nacidos y criados en una sociedad desmoralizada y narcisista, cuyos valores y finalidades sociales no pasan de una mera sensibilización epidérmica perfectamente compatible con la indiferencia y la incapacitación para las emociones duraderas, tal y como magistralmente ha escrito Lipovetsky en *La era del vacío*.

Quienes firmamos este artículo hemos trabajado respectivamente como profesor y como alumna de pedagogía en prácticas, en un aula del Cole-



gio Público de Villar Pando (Oviedo), a partir de la propuesta durkheimniana, genuinamente moderna, de orientar la educación moral hacia la formación del espíritu de disciplina, la adhesión a grupos sociales y la autonomía de la voluntad. No se trataba de jugar a lo imposible sino de confrontar reflexivamente y en la acción los ideales de la modernidad y una realidad postmoderna que, como no podía ser de otra manera, no sólo está en la calle sino que toma asiento en los pupitres de nuestras aulas. La cuestión de las drogas estuvo entre los temas que recurrentemente se abordaron en clase con niñas y niños de siete, ocho y nueve años, conversando reflexivamente a partir de las propuestas de un programa específico (*La Aventura de la Vida*), pero también tratando de poner en práctica la idea de un "currículo líquido", mediante el que, sin quebrar radicalmente el orden disciplinar tradicional de la escuela, y mediante una metodología dialógica, se busca que las cuestiones sociales relevantes aparezcan en clase y puedan ser tratadas en todo momento.

Ciertamente, las dificultades para sacar adelante un propósito así son muchas y se alargaría demasiado este artículo si nos pusiéramos a dar cuenta de ellas, pero creemos que nada exime a los profesionales de la enseñanza de la responsabilidad de hacerse cargo del problema de la educación moral de la infancia, la adolescencia y la

juventud, por lo menos explorando continuamente las posibilidades del sistema de enseñanza, aprovechando al máximo las que tenga, por pocas que nos parezcan o sean. Y es aquí donde aparece el asunto que queríamos llegar y con el que vamos a concluir: la importancia decisiva de la figura del docente concreto en el plano de su territorio preferente de actuación: el aula, y, si se dan ciertas condiciones, el centro de enseñanza.

Ante problemas como el de la droga sólo podrán intentar hacer algo en la escuela o en el instituto aquellos que no utilicen las enormes dificultades realmente existentes para escudarse tras ellas, adoptando por el contrario una actitud de cuestionamiento radical o prudente, nosotros hemos optado por el segundo, del orden escolar existente. Es necesario atreverse a romper con las rutinas y las tradiciones escolares que impiden hacer otra cosa que intentar enseñar como si la sociedad y nuestros alumnos no hubieran cambiado. Los buenos profesores siempre añadieron a la competencia "técnica" unas buenas dosis de compromiso moral y coraje cívico, si bien con frecuencia incurrieron en el voluntarismo y fueron instrumentalizados para alimentar falsos discursos sobre la escuela, de ahí que a ese impulso ético haya de añadirse siempre la exigencia de un realismo que ha de ser fruto de la vigilancia crítica, y nunca justificación del desentendimiento escolar de los problemas sociales importantes.